

predilecto de este poeta. Todos sus versos manifiestan sus buenos estudios y la pureza de su gusto. ¿Quién al leer los bellos tercetos *Por los muertos* y *Por los desgraciados*, no descubre al asiduo lector de la *Epístola moral*, aunque el perfume de estoicismo cristiano que embalsama aquella obra maestra se haya disipado en los áridos conceptos materialistas de su imitador:

¿Qué es nuestra vida sino tosco vaso
Cuyo precio es el precio del deseo
Que en él guardan natura y el Acaso?
 Cuando agobiado por la edad le veo,
Solo en las manos de la sabia tierra,
Recibirá otra forma y otro empleo.
.....
Madre Naturaleza, ya no hay flores
Por do mi paso vacilante avanza:
Nací sin esperanzas ni temores,
Vuelvo á ti sin temores ni esperanzas.

Más apacible fisonomía moral y literaria ofrece José Rosas Moreno, que fué también liberal y tampoco fué romántico. Su reputación se funda principalmente en sus *Fábulas*, que han sido altamente elogiadas por críticos de tanto nombre como Altamirano y Pimentel, y que han desterrado de las escuelas de aquella República las insulsas y mal versificadas de Lizardi. Rosas ha dado en las suyas razonable entrada al elemento descriptivo, en *pequeños cuadros brillantes de ligereza, de gracia y de colorido poético* (1), salvando así el escollo de lo prosaico en que fácilmente naufraga el apólogo por su tendencia doctrinal. Pero además de sus fábulas, Rosas cultivó la poesía lírica, propiamente dicha, si no con grande estro ni mucha originalidad, con extremada suavidad y ter-

(1) Son palabras de Altamirano en el prólogo de estas *Fábulas*.

nura, con delicada pureza de sentimiento, á la cual responde lo puro y nítido de la forma. Su espíritu honrado y sereno complácese, sobre todo en los recuerdos del valle de la infancia y de la materna aldea, y aunque no sea muy original, ni en su manera de sentir, ni en la de expresar lo sentido, y deje por esto huella poco honda en el espíritu, agrada siempre por lo apacible y cadencioso de la versificación y por cierta melancolía resignada. Aunque tiene su manera propia, no parece extraño á la lectura de los modernos poetas españoles, y Selgas y Becquer fueron quizá los que más influyeron en él, como más análogos á su índole, especialmente el primero, puesto que al segundo, si le imitó en el sentimiento (1) no quiso remedarle en la incorrección, ni tampoco en la forma heinianas de rimas breves (2).

La dura ley que nos hemos impuesto de prescindir de las obras de los vivos, nos obliga á omitir aquí á poetas de tan alta significación y tanta influencia como Gui-

(1) Estas imitaciones son á veces demasiado directas, verbigracia:

Volvieron al verjel brisas y flores,
Volvieron otra vez los ruiñeñores ...
 Mi amor no volverá.

(2) Nació Rosas en la ciudad de Lagos (estado de Jalisco), el 14 de Agosto de 1838, y murió en 13 de Julio de 1883. Fué diputado varias veces y sufrió persecución por sus avanzadas ideas políticas. Aun después del triunfo de ellas vivió en bastante obscuridad y pobreza, dedicado principalmente á la práctica de las virtudes domésticas y á escribir libros de educación para la infancia. Casi todas sus obras pertenecen á este género. Además de sus *Fábulas*, coleccionó sus poesías con el título de *Hojas de rosa*. Dió al teatro bastantes comedias (una de ellas con el título de *Sor Juana Inés de la Cruz*), pero aunque apreciables y apreciadas no lo han sido tanto como sus obras líricas. Algunas de ellas se registran en la colección publicada en Madrid, 1879, por D. Juan de Dios Peza, con el título de *La Lira mexicana*.

lermo Prieto é Ignacio Altamirano, sin cuyas obras es imposible darse cabal cuenta del nuevo rumbo que ha tomado la musa mexicana en los tiempos posteriores á la intervenci3n y al Imperio. Los 3rdenes literarios de Prieto se remontan mucho m3s all3: alcanzan 3 la *Academia de San Juan de Letr3n*, donde altern3 con Carpio y Pesado y hasta con Quintana Roo, pero como Prieto, decano de las letras mexicanas, prosigue enriqueci3ndolas con nuevas producciones sobre las variad3simas que en su azarosa vida ha dado 3 luz, no hay m3s remedio que omitirle, 3 despecho de la cronolog3a literaria, y hablar de poetas mucho m3s j3venes, pero que pagaron ya 3 la muerte el com3n tributo.

Estos ingenios malogrados son principalmente dos muy conocidos y populares ya en Espa3a, donde sus obras comenzaron 3 penetrar, har3 unos doce a3os, con grande aplauso de la juventud literaria: Manuel Acuña y Manuel Mar3a Flores, cantor el primero de las evoluciones de la materia conforme al nov3simo sentido de las escuelas naturalistas, y cantor el segundo de la pasi3n carnal sin reticencias ni velos. Uno y otro eran poetas de verdad, y prescindiendo de los temas habituales de sus cantos, no hay duda que su temprana muerte ha sido para la literatura mexicana una calamidad casi irreparable.

Hay de Acuña un tomo entero, del cual s3lo pueden sacarse en rigor dos 3 tres composiciones dignas de los honores de una *Antolog3a*, pero 3stas son tales, que patentizan una genialidad l3rica m3s potente que casi todo lo que hasta ahora hemos visto en la poes3a mexicana. Esta potencia no lleg3 3 traducirse en acto sino de un modo muy incompleto, pero estaba en el poeta, y s3lo

le falt3 tiempo para acabar de manifestarla. 3l era un estudiante de Medicina, saturado del materialismo de las salas de disecci3n, agresivo y feroz en su pomposo ateismo de colegio (1), y al mismo tiempo un alma candorosa 3 infantil, llena de ternuras y arrobamientos; id3latra de su madre, y enamorad3simo de su novia. Todo su escepticismo y su materialismo no bastaron 3 defenderle de una funesta pasi3n amorosa, en la cual parece que se atravesaron misteriosas contrariedades que, no encontrando resistencia en la absoluta falta de fe del poeta, le condujeron al suicidio 3 la temprana edad de veinticuatro a3os. En aquel ni3o tan infelizmente extraviado hab3a el germen de un gran poeta. No importa que la mayor parte de sus versos sean un

(1) Como muestra de estas declamaciones, puede citarse la oda 3 la *Sociedad Filol3gica en su instituci3n*, 3 la que compuso para celebrar la apoteosis de un c3mico, y empieza con estos versos:

¡Mentira el m3s all3! ¡Mentira el alma
Que el retroceso impuro
Hace nacer llenando lo futuro,
Del triste cementerio con la calma!
¡Enga3o esa creaci3n que el fanatismo
Hace brotar del 3ltimo lamento
Que nos lleva al abismo!
¡Mentira ese *ad terrorem* que el convento
Lanza 3 la humanidad mezquina y necia
Que, oyendo 3 la raz3n y al pensamiento
No abarca esa mentira y la desprecia!....

De su antiespa3olismo rabioso, que le hac3a exclamar como grave cargo contra M3xico:

Aun hay algo de Espa3a en tu conciencia.....

es in3til hablar, pues bien sabido es que los espa3oles, 3 pesar de lo vetusto y ya inofensivo de nuestra *tiran3a*, continuamos en quieta y pac3fica posesi3n de servir de cabeza de turco 3 los patriotas mexicanos, tan rendidos admiradores 3 imitadores, por el contrario, de los franceses que les hicieron la odiosa guerra de intervenci3n, y de los *yankees* que les despojaron de la tercera parte de su territorio.

fárrago de vulgaridades enfáticamente dichas: antítesis de alumno de retórica, v. gr.

Yo canto á Atenas enseñando á Roma,
No canto á Roma conquistando á Atenas,
.....

Sustituir el hogar al relicario,
Sustituir la violeta al incensario.....

sin que falten, por supuesto,

La cicuta del Sócrates profundo
Y la sangre del Cristo del Calvario.....
.....

El sangriento puñal de los tiranos,
Y la máscara vil del fanatismo.....

el «sublime martirologio de la idea»; la «pupila augusta de la historia», revuelto todo con imágenes tan descabelladas como decir del hombre

Polluelo de ese cóndor de lo oscuro
Que se llama el misterio.....

Ni tuvo tiempo para educar su gusto, ni sus estudios, exclusivamente dirigidos á las ciencias experimentales, le permitieron adquirir el pleno dominio de la lengua poética. La suya está afeada, no sólo por correcciones continuas y extraños cuanto inútiles neologismos (*esplendor auroral*, verbigracia), sino por composiciones de palabras que el genio de nuestro idioma rechaza, como el *mártir-libertad*, el *espectro-conciencia*, la *luz-inmortalidad*, el *Dios-dulzura*, el *espacio-inteligencia*, de donde resulta un estilo sobremanera bárbaro, al cual da los últimos toques la rechinante fraseología periodística:

Y que hallemos en ti á la mujer fuerte
Que del *obscurantismo* se redime.....
.....

Murió: su *apostolado*
Hizo temblar en su poder al fraile.....
.....

El pueblo suyo, por el monje opreso,
Escuchó la palabra del *progreso*.....

Es, pues, un modelo peligrosísimo, y por eso insistimos en sus defectos, que fueron los de toda la juventud de su tiempo en México y en España, y que pueden ser contagiosos para quien tome el desaliño y la incorrección por marca de genio. Ráfagas de genio tuvo Acuña, pero á mi entender sólo dos veces en su corta vida, y las dos en el último año de ella. Son dos poesías en que puso toda la sustancia de su alma enferma y atormentada: una de amor, *Nocturno*; otra de materialismo dogmático, *Ante un cadáver*. Esta última es una de las más vigorosas inspiraciones con que puede honrarse la poesía castellana de nuestros tiempos. Acuña era tan poeta que hasta la doctrina más áspera y desolada podía convertirse para él en raudal de inmortales armonías. Sentía aquel mismo género de embriaguez naturalista que es el alma de la inspiración de Lucrecio y de la de Diderot en el *Sueño de D'Alembert*. La materia no concebida mecánicamente, sino de un modo dinámico, y abarcándola en toda la plenitud y complejidad de sus desarrollos y evoluciones, no es sujeto refractario á la poesía, y puede existir y existe sin duda un género de *monismo* poético, que tiene de poesía lo que tiene de metafísica, menos distante que pudiera creerse, ya de la concepción de Leibnitz, ya de la de Hegel, puesto que realmente esa materia parece viva y llena de almas, y su incesante ebullición como que se somete y disciplina á un proceso dialéctico. Á ese *monismo*, más que al materialismo tradicional de las escuelas médicas,

corresponden los extraños versos de Manuel Acuña, cuya naturaleza afectiva ha impreso además en ellos muy imborrable huella:

Tú sin aliento ya, dentro de poco,
Volverás á la tierra y á su seno,
Que es de la vida universal el foco.
Y allí á la vida en apariencia ajeno,
El poder de la lluvia y del verano
Fecundará de gérmenes tu cieno.
Y al ascender de la raíz al grano,
Irás del vegetal á ser testigo
En el laboratorio soberano.
Tal vez para volver cambiado en trigo
Al triste hogar donde la triste esposa
Sin encontrar un pan sueña contigo.
En tanto que las grietas de tu fosa
Verán alzarse de su fondo abierto
La larva convertida en mariposa,
Que en los ensayos de su vuelo incierto,
Irá al lecho infeliz de tus amores
Á llevarle tus ósculos de muerto.....

Los versos á *Rosario*, que llevan el título de *Nocturno*, y son probablemente los últimos que compuso el desventurado Acuña, esconden en cifra la historia de sus tristísimos amores, y aunque muy incorrectos, tienen toda la vehemencia y toda la angustia del momento supremo: es poesía que no puede leerse sin cierto terror y tras de la cual se adivina el próximo naufragio de la conciencia moral del poeta. Ante estas dos soberbias inspiraciones se oscurecen todas las restantes suyas, pero hay bellos rasgos de sentimiento en algunas otras, como *Entonces y hoy*, *Lágrimas*, *Adiós.....*, y tampoco carecen de mérito los versos humorísticos, aunque tengan más de fáciles que de chistosos. En todo lo demás, como sucede siempre en las colecciones de poetas muy jóvenes, son visibles las reminiscencias de sus lecturas,

que eran las habituales entre los jóvenes de su edad y de su generación: Espronceda, Campoamor, Becquer, quizá Ruiz Aguilera. Del primero tomó versos enteros como los «rizados copos de nevada espuma»; á imitación del segundo hizo *doloras* y *pequeños poemas*: sus *Hojas secas* forman una especie de *Intermezzo* como las *Rimas* de Becquer, y, por último, nos parece percibir en *La Vida del campo* un remedo de la inofensiva parodia bucólica que Aguilera tituló *La Arcadia Moderna*. Sólo á Zorrilla no quiso imitar jamás Acuña, antes le trata con irritante desdén y notoria irreverencia (1).

Muy diverso poeta es Manuel M. Flores. No era incrédulo como Acuña, pero dió culto ferviente á la poesía erótica en sus manifestaciones más cálidas y menos ideales. El amor de Acuña, castísimo en la expresión y vehementemente apasionado, el amor trágico y más poderoso que la muerte, es sin duda más poético que la voluptuosa languidez, la enervadora molicie que respiran los versos de Flores, y que para todo espíritu viril llega á ser empalagosa, como lo es en nuestro Arolas, uno de los pocos poetas francamente carnales que tenemos en nuestro Parnaso, que es honrosa excepción en esta parte entre todos los modernos. Dígase lo que se quiera de la influencia del clima y del temperamento, la poesía española, aun en los países tropicales á donde ha

(1) Nació Manuel Acuña en la ciudad del Saltillo, capital del Estado de Coahuila, el 27 de Agosto de 1849. En 1865 fué á México, y se matriculó en la Escuela de Medicina. Fundó la sociedad literaria *Netzahualcoyotl*, y dió á las tablas un drama con el título de *El Pasado*. Se suicidó en 6 de Diciembre de 1873. Hay varias ediciones del tomo de sus poesías. La que tengo á la vista es la de Paris, 1885 (Garnier).

sido transplantada, conserva su castidad nativa, y rara vez se abate á tan vil tarea como la expresión del deleite sensual por el deleite mismo: expresión que las más veces no es signo de vigoroso temperamento, sino de precoz impotencia, lujuria de la cabeza más que de los sentidos. Y todavía si algún poeta americano ha pecado en esto, no son los de lengua castellana, sino los de lengua portuguesa. Sólo en la literatura brasileña se encuentran versos de erotismo desenfrenado como los de Alvares de Azevedo, Casimiro de Abreu, Junqueira Freire, Fagundes Varela, de los cuales dice Teófilo Braga, que «el ardor explosivo de la pasión amorosa, la lubricidad de las imágenes, la seducción voluptuosa del pensamiento, revelan la sangre del mestizo devorado por las llamas del deseo».

En el estudio de las obras de tales poetas, á los cuales cuadraría bien por divisa la palabra *uror*, que un insigne vate mexicano puso por epígrafe de sus preciosas *Amapolas*, parece haberse formado el autor de las *Pasionarias*, que tal es el título que á sus versos de amor dió Flores. Ninguna otra influencia se trasluce en sus versos sino ésta, y no por semejanza de forma, sino por identidad de sentimientos, ó más bien de sensaciones predilectas. Á Alfredo de Musset le leyó mucho y aun le trajo algo, y es sin duda el poeta erótico del viejo mundo que más se le parece, pero lo que Alfredo de Musset tiene de gran poeta no es la calentura sensual, sino la grandeza de la pasión, que le hace entrever los más hondos misterios del dolor humano, y levantarse á una esfera trascendental y casi religiosa desde el estercolero de la orgía en que nos muestra sus llagas. Flores no tiene nada de esto, ó tiene muy poco, y por eso es un

poeta de segundo orden, un mero poeta erótico en la acepción menos noble del vocablo, no porque en sus versos haya torpezas ni obscenidades (que esto ya no pertenecería á la poesía en modo alguno, ni habría que hablar de ello), sino porque en sus elegías no se respira otra cosa que la atmósfera tibia y perfumada del deleite, y esto hasta en las imprecaciones y en las quejas: hasta la tristeza es aquí lasciva.

Deshojaste la flor de mil amores
 Por ceñir á tus sienes
 La corona nupcial.... Entré las flores
 Castas del azahar, tu linda frente
 Has escondido, todavía caliente
 Del beso voluptuoso
 De tu amante de ayer.... ¿Qué importa eso?
 Esta noche, en el tálamo, el esposo
 Su huella borrará con otro beso.

Trátase, pues, de una poesía afeminada como la de Ovidio, criada entre besos y caricias, y cuya blanda morbidez de expresión no disimula en nada la lascivia del fondo. Pasan páginas y páginas, y el lector menos severo y morigerado acaba por aburrirse y ofenderse de tanto chasquido de besos:

Un solo beso el corazón invoca,
 Que la dicha de dos.... me mataría.
 ¡Un beso nada más!.... Ya su perfume
 En mi alma derramándose, la embriaga,
 Y mi alma por tu beso se consume
 Y por mis labios impaciente vaga.
 ¡Júntese con la tuya!.... Ya no puedo
 Lejos tenerla de tus labios rojos....
 ¡Pronto!.... ¡dame tus labios!.... ¡Tengo miedo
 De ver tan cerca tus divinos ojos!
 Hay un cielo, mujer, en tus abrazos;
 Siento de dicha el corazón opreso....